

ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

“Al encuentro del futuro”



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

"AL ENCUENTRO DEL FUTURO"

(Capítulo final de su
Historia del Ecuador)

La tierra es buena, y su habitante, un ejemplo de virtudes. No nos ha dado mucho la naturaleza, pero tampoco nos ha quitado nada. Ni grandes minas ni inmensos llanos nos han hecho poderosos. La geografía, con su desorden de alturas y descensos, ha retardado el diálogo de las regiones y los hombres. El alma nacional encontró murallas que vencer: venciénolas está.

Mas no hay razones de pesadumbre. El alimento es fácil, el clima no es hostil ni riguroso, salvo en la húmeda región de los trópicos y en la selva. Y las derrotas que hemos padecido, como en los mejores mitos de la grandeza moral resucitada, han valido para la afirmación de una heroica voluntad de ser.

Algunas veces, por la fatalidad, por la geografía, por la primera formación histórica, por los errores, por la ambiciosa inconsecuencia del vecino rico, nuestro país estuvo en el deslinde de la muerte. Lo salvó el pueblo, el generoso, extraordinario pueblo que lo habita. Pensad en sus virtudes. Pensad en la inmensa reserva de energías que alberga su corazón, pensad en su fuerza y su bondad, más poderosas que la desgracia.

En nuestra historia habréis encontrado tantos y tantos momentos de peligro, que os maravilla la salvación. No os asombréis demasiado: el pueblo, con su presencia diaria y su conducta, solo explicará todo.

Desde los días gloriosos, cuando se sublevaba contra los gobernantes de la Colonia; desde las campañas populares de la Independencia; en las guerras civiles, incautamente obedeciendo a los caudillos, pero peleando por su libertad; durante la alfareada, cuando montaba a caballo, en la una mano la rienda, en la otra la papeleta de peón concierto que quería canjear con los balazos; en los momentos en que las luchas sociales hacíanlos dueños de una ciudad, a la que no robaban, pero que cuidaban con una responsabilidad cívica y un amor que no hallaréis todos los días ni en todas las latitudes; en el trabajo del indio, esclavo, esclavo, hasta que su rebeldía se trueca en la resistencia espantosa del silencio: en el esfuerzo del montuvio, que anda por sobre el veneno de las serpientes y la insidiosa malevolencia de la enfermedad; en el hambre que siente y aguanta; en la defensa nacional a la que va cantando y muere cantando; en la alegría que le resta de su diario dolor para recuperarse por el chiste.

Pocos buenos conductores ha tenido. Merecía mejores.



En esta historia se han dicho cosas que duelen y cosas que nos dan levadura para el optimismo creador. No ha habido afán de destruir nada, sino la mentira. Porque "el único culto perfecto que puede rendirse a Dios es el culto de la verdad. Ese reino de Dios, cuyo advenimiento piden a diario maquinalmente millones de lenguas manchadas en mentira, no es otro que el reino de la verdad". (1)

Y porque la historia que acabáis de leer es una historia con opinión. Un relato de sucesos, un simple recuento cronológico, oculta la categoría humana del hecho y su ejemplaridad moral. Quienes creen que la historia ha de carecer de juicio, no han leído a Herodoto, ni a Tucídides ni a Plutarco. Ni saben de la ciencia del hombre, cuyo diálogo ha de ser de discusión, y de duda indispensable al conocimiento.

(1) Miguel de Unamuno, "¿Qué es Verdad?", Ensayos, Tomo I, Pág. 788, M. Aguilar, Editor, Madrid, 1945.

Errores habrá. Que los rectifique quien sepa más, o posea otros puntos de vista, respetables como todas las ideas.

Pero, por sobre los errores y las faltas de este libro, quede, por lo menos, la fe del autor en el pueblo.

Y que los responsables de la dirección pública reflexionen en que ha llegado la hora de destruir la tristeza y la desesperanza. Vivimos en un mundo de íntima relación, de grandes cambios, que nos traen la civilización y la cultura a los rincones americanos. A nuestro Ecuador le toca recibir y transformar. No se equivoca el autor al pensar que el gran hálito de progreso que anda en el viento universal de todos los días ha llegado a nuestro país. Y en que el progreso será real, si se protege y afianza la libertad individual, social y económica.

Pero es menester prepararse. Los partidos políticos han de abandonar su académica irresponsabilidad, para lanzarse a dos brazos en la corriente popular, y a toda cabeza en el estudio de los problemas nacionales.

Es menester que se llegue, primero que todo, al convencimiento de que ninguna posibilidad de desarrollo material o espiritual podrá ser bien aprovechada, así vengan millones de dólares y docenas de técnicos, mientras la Patria padezca de la gran contradicción: tres millones y medio de habitantes, sólo aproximadamente setecientos mil con capacidad de consumo, y una producción de materias primas, cuyos precios dependen exclusivamente de los países de economía imperialista, mientras que tiénese que pagar, por las manufacturas importadas, un costo que agrava nuestra pobreza. Claro, la fórmula es manoseada: levantar el nivel de vida. Pero la realización está escondida aún en la voluntad de los que dirigen: la reforma del régimen de la propiedad de la tierra y de los métodos del cultivo. No habrá mejoría en el nivel de vida, si este problema no es resuelto con valor y con urgencia que la época reclama y si no se afronta la industrialización nacional, como uno de los medios de alcanzar nuestra independencia económica.

Un indio, ¡por Dios!, no puede seguir viviendo en condiciones subhumanas. ¿No comprendéis que hay en ello una crueldad inexcusable y monstruosa? ¿Y una torpeza increíble, puesto que ningún desarrollo capitalista, ninguna gran industria, ninguna gran empresa podrán tener éxito sin consumidores?

Sí, naturalmente, son verdades sencillas, elementales. Pero hay un porcentaje de la población que no quiere entenderlas. Y corresponde a los dirigentes de la política hacer de ellas un credo diario y una diaria y obligatoria tarea.

Los otros problemas son menores: han de solucionarse con mayor facilidad así tengamos habitantes que no estén sepultados vivos, que no sean los sonámbulos de nuestra historia. Educar, sí. Y mucho y todos los días, con una reforma que destruya la petulancia pedagógica, rehaga el camino perdido en casi treinta años de enseñanza intelectualoide y trunca, y recuerde que los clásicos sabían educar la sensibilidad y no sólo la razón.

Lo demás, ya lo sabéis: caminos, seriedad de las instituciones, honestidad, reformas urgentes al poder judicial, abolición de la burocracia inútil y del papeleo fatigante y costoso, economía de horas de trabajo perdidas en las mil solicitudes y fórmulas que han de llenarse para la gestión oficial menos trascendente, recaudación eficaz, disminución de impuestos indirectos, que paga el menesteroso, menos improvisación en los funcionarios, disciplina, reconocimiento de la realidad social, que es siempre lucha y creación, y todo aquello que el buen ecuatoriano sabe que la Patria necesita.

Nada de esto que se dice es nuevo: apenas el autor repite lo que la buena conciencia del Ecuador exige y lo que todos sabéis, pero que no se hace.

Y no olvidar que nuestro país es mestizo. Que es necesario cooperar en la operación última del mestizaje: reivindicar a ese ser contradictorio, y en lucha consigo mismo, por la oportunidad del responsable ejercicio de sus facultades. La aptitud creadora de la nacionalidad en formación es mestiza: sólo le falta seguridad en sí misma.

Los hombres jóvenes del Ecuador tienen esta tarea: la de encontrarse con el futuro.